

SECRETO

Desde la ventana vio que había amanecido nublado y el viento, intenso como en los días anteriores, movilizaba las ramas de los árboles añejos del patio trasero.

Le costó incorporarse, la modorra le ganó la pulseada solo al principio, después se sentó a la orilla de la cama, intentó mover cada uno de sus huesos y se levantó lentamente, sabiendo que otro día empezaba en esa fría mañana de julio. Él, aún dormía y sus ronquidos atravesaban la habitación, dándole la certeza de que no había percatado sus suaves movimientos.

Carmen se miró al espejo, en su pelo corto revuelto aparecían canas incipientes dándole una cierta luminosidad, que esa mañana le pareció divertida. Sus arrugas, inevitablemente la llevaron a la realidad, no le importó, se lavó la cara, se puso la crema de costumbre y su cotidiana vida empezó a rodar.

El reloj marcaba las ocho y cuarto, momento de despertar a Martín con unos mates, ella lo había acostumbrado a esos detalles y le gustaba hacerlo. A él hablar cuando recién se despertaba no le apetecía y solo la escuchaba disimulando el aburrimiento que le producía su relato sobre cada una de las actividades que realizaría en su ausencia.

Para Carmen su mundo era su casa, para Martín su mundo era su trabajo. Él la amaba profundamente, pero las ambiciones de ambos tenían rumbos diferentes, el ámbito de esa cálida y colorida casa, era solo para ella.

Los hijos no llegaron, los primeros años de esa imposibilidad fueron dolorosos, sobre todo para ella. Su marido tenía otros intereses a nivel profesional y nunca entendió lo que significaba la situación. Y Carmen por necesidad se acostumbró a construirse su propio mundo solitario en el cual ella lo dominaba todo hasta que él regresaba por la noche.

La besó, le dijo, que estaba hermosa como cada mañana y se marchó.

Carmen se inmiscuyó en su territorio y en su soledad se sintió invadida por el placer de las simples cosas.

Colocó la música bien fuerte y mientras hacía las tareas bailó moviéndose al ritmo de esos temas contagiosos que solo a ella parecían gustarle. Luego la vereda quedó immaculada como todos los días, cuando la limpiaba de extremo a extremo sin dejar ninguna evidencia de las pocas hojas con las que el frío invierno de la Patagonia la hacía renegar siempre.

Decidió esa mañana cruzar a la librería que estaba casi en diagonal a su casa. Había resuelto que quería empezar a pintar y la idea de conseguir óleos y acrílicos la llenó de buenas sensaciones mientras se abrigaba y se colocaba un brillo suave sobre sus labios.

Carlos, la saludó amablemente, la miró a los ojos, le preguntó cómo estaba, hablaron sobre el tiempo, lo caro que estaba todo, y el simple diálogo la dejó con ganas de volver una vez más.

Martin llegó, la besó, le preguntó sobre su día como al pasar, le contó sobre las impresionantes investigaciones que estaba a punto de concretar, cenaron y el día finalizó.

Él la miró con sus ojos oscuros mientras le acariciaba suavemente su pelo, despacio y en silencio le sacó el vestido, ella se sintió intensamente viva, el aroma de su piel la invadió y los besos fueron solo el comienzo del placer que se repitió para ambos una y otra vez.

Otro día comenzó y todo volvió a repetirse. Él la besó, le dijo que la amaba, que era hermosa y se marchó.

Carmen desde la ventana lo observó. Su día no era como otros, aunque él jamás lo sabría, sería su secreto. Se sintió extraña, al mirarlo a la distancia quiso intensamente que todo se repitiera.

Salió a limpiar la vereda como todas las mañanas, él la saludó con la mano y ella le respondió con una sonrisa.

La noche llegó, pero la magia esta vez no se repitió, Carmen lo lamentó. Él no se dio cuenta. Carlos abrió las persianas de la librería, ella lo miró desde lejos, pensando en esos ojos oscuros que tanto la habían fascinado la noche anterior.